

---

Chris KEITH, *El evangelio como manuscrito. Dinámicas de la tradición escrita* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 173; Sígueme, Salamanca 2023). 320 pp. ISBN: 978-84-301-2186-1. € 23.00  
<https://doi.org/10.60098/eb.24082.20011>

Lo que en el título de un libro no se dice por razones de brevedad e impacto comercial viene explicado con frecuencia por el subtítulo. En este caso, contamos con dos. El que se indica en el encabezado de esta reseña y el que reza la edición original: *An Early History of the Jesus Tradition as Material Artifact*. Traducirlo a un español medianamente elegante no es fácil. Por eso, se comprende que se haya preferido un subtítulo que, sin hacer traición al original, aclare el título. Aun así, la ex-

presión “artefacto material” es significativa. Frente a quienes abogan por una primacía de la oralidad en los orígenes de la tradición cristiana, la referencia a la materialidad del texto escrito le sirve al autor para defender el papel que en esa tradición jugó la “textualidad”, es decir, el texto plasmado en un manuscrito.

La obra se estructura en tres partes bien definidas: “El Evangelio como manuscrito”, “El Evangelio como evangelios” y “El Evangelio como liturgia”. La primera parte (27-88) es metodológica. El cap. 1, “El libro como artefacto” (29-48), remite como punto de partida a dos autores: William A. Johnson, clasicista-papirólogo, que ha trabajado las culturas lectoras de la antigüedad, y Jan Assmann, egiptólogo-sociólogo, que ha estudiado la memoria cultural en el Próximo Oriente y ha desarrollado el concepto de “situación prolongada” y “*entourage matériel*” (“material de acompañamiento”). De especial importancia para Keith es la “situación prolongada”, “en virtud de la cual el contexto originario de los individuos que tienen el control como autores puede conectarse con un número prácticamente ilimitado de contextos de recepción” (112). El autor se sirve de los estudios de estos autores para subrayar el papel que tiene el manuscrito para enlazar tradición con identidad grupal. En el cap. 2, “Sociologías del libro en el estudio del judaísmo del Segundo Templo y del cristianismo primitivo” (49-88), Keith desarrolla y aplica el concepto de “situación prolongada”. Tras explicar que su trabajo se inserta en el “giro material” que ha tomado el estudio del cristianismo primitivo, el autor, en debate con las obras de E. Mroczek y M. Larsen y sus conceptos de autor y libro, sostiene que el manuscrito material permite ver el texto como proceso. Como tal proceso, considera que el texto puede jugar un papel importante en la construcción y preservación de la identidad del grupo, una cuestión que le lleva a entrar brevemente en diálogo con los estudios sobre la historia del canon (en especial con la obra de D. Brakke).

La segunda parte (89-192) está dedicada a la “textualización competitiva”. El capítulo 3 lleva por título “La textualización del Evangelio de Marcos” (91-122). Keith defiende el papel del Marcos en el cambio de la tradición de Jesús de la forma oral a la escrita —“es el primer caso seguro de una tradición de Jesús convertida en relato en un medio escrito” (91)—, creando mediante su evangelio una base para los futuros escritos evangélicos. En diálogo y confrontación con la influyente obra de W. Kelber, que privilegia la oralidad, Keith defiende la capacidad del manuscrito para crear una “situación prolongada”, que da pie a diversos contextos de recepción más allá de la oralidad. Los dos siguientes capítulos están dedicados a la “textualización competitiva” de la tradición sinóptica (cap. 4, 123-158) y de las tradiciones de Juan y Tomás (cap. 5, 159-192). Por “textualización competitiva”, Keith entiende “las distintas maneras en las que los transmisores de la tradición de Jesús se inspiraron en su forma material [...] a fin de respaldar una determinada postura en la historia de la recepción, que a menudo se caracterizaba por reivindicar su superioridad” (19). Se apoya para ello en el concepto de “acontecimientos de lectura” de Johnson y de nuevo en la noción de “situación prolongada” de Assman. El autor sostiene que, mediante la autoconciencia textual y la “textualización competitiva” cada evangelio invocó el medio escrito para

reclamar su autoridad dentro de la tradición de Jesús: Marcos, lo hizo denominando su obra *euaggelion* (Mc 1,1), en referencia a las escrituras judías; Mateo, definiéndola como *biblos* (Mt 1,1); y Lucas, en relación con las versiones escritas previas de la historia de Jesús. Keith argumenta que, a diferencia de los sinópticos, Juan no revela su autoconciencia textual al comienzo de su relato, sino que lo hace al final. Los colofones del cuarto evangelio (Jn 20,30-31; 21,24-25) muestran una “textualización competitiva” que rivaliza en especial con el prólogo de Lucas. Además, para el autor, Juan manifiesta la superioridad de su texto al alinearse con la textualidad escrituraria, es decir, con la conciencia de estar escribiendo en continuidad con Moisés y sus escrituras. Sobre el Evangelio de Tomás, Keith sostiene que participa de un proceso de “textualización competitiva” de la tradición de Jesús frente a los evangelios que le preceden, pero se distingue de ellos porque afirma haber recibido las enseñanzas, no de testigos oculares, sino del propio Jesús.

La tercera parte (193-274), a modo de conclusión aborda la cuestión de la lectura pública y litúrgica del manuscrito. En el cap. 6, “La lectura pública de la tradición de Jesús en los tres primeros siglos” (195-238), después de presentar lo que entiende por lectura pública y por lectura litúrgica, Keith desarrolla lo que a su juicio la primitiva praxis de lectura aportó a la identidad cristiana más allá del texto escrito. Con este fin se detiene en Mc 13,14 // Mt 24,15, y recorre las referencias a la lectura presentes en Justino Mártir, Ireneo, el fragmento de Muratori, Serapión y los *Hechos de Pedro*. El autor considera especialmente relevante el hecho de que los evangelios se leyeran junto con las Escrituras judías, en especial con los escritos proféticos. Finalmente, en el cap. 7, “La lectura pública de la tradición de Jesús y el surgimiento de la identidad cristiana” (239-274), Keith defiende que la lectura litúrgica de los evangelios aparece como una evolución intencionada de la liturgia sinagoga. A su juicio, la continuidad y discontinuidad entre cristianismo y judaísmo se pone de manifiesto en el rollo de la Torá y en el uso cristiano del código, en cuanto símbolos del papel que desempeñaron los manuscritos en la formación de la identidad cristiana. Su conclusión es clara: “Fueron los manuscritos de los evangelios, a menudo leídos en la liturgia con ‘los profetas’ de la Escritura judía, los que permitieron una singular cultura lectora del evangelio” (274).

El autor es discípulo de Larry Hurtado y hace justicia a su maestro, quien también se ocupó de los primeros manuscritos cristianos. Keith sabe de lo que habla y argumenta concienzudamente cada paso que da. El conocimiento del mundo de los manuscritos y el abundante uso actualizado de la literatura secundaria ofrecen sólido fundamento a sus opiniones. Es mucho y muy valioso lo que aporta en cada una de las discusiones que entabla. Aunque se podrían comentar diversos puntos, me limito a uno terminológico. En concreto, cabe preguntarse si la presentación que hace el autor de la “textualización competitiva” y de la superioridad que un texto manifiesta en relación con las obras precedentes no necesitaría matizarse. Hablar solo de competitividad de una obra respecto de otra/s puede resultar parcial si no se admite también la posibilidad de que hubiera existido, al menos a veces, una “textualización complementaria”. Tratar el origen de los evangelios en términos de competitividad

resulta, a mi juicio, insuficiente. En todo caso, como reconoce el autor, ese texto no se puede separar de la oralidad del contexto en que surge cada manuscrito. Obviamente, se trata de una opinión marginal no afecta ni quita originalidad al trabajo y a la importancia que tiene el papel que juega el manuscrito en una cultura que, sin duda, era predominantemente oral. Keith tiene el mérito de haberlo puesto de manifiesto, aunque en ocasiones el deseo de sustentar su tesis le lleve a ser un tanto reiterativo y a querer inclinar demasiado el peso de la balanza hacia la posición que defiende. Esta insistencia —natural a la hora de mantener una tesis— de ninguna manera empaña un brillante trabajo que la editorial Sígueme ha permitido que sea conocido en ámbito hispanohablante y por lo que debemos estar muy agradecidos. Como es habitual, la edición está cuidadosamente traducida y presentada. Señalo un pequeño detalle menos acertado. Probablemente no haga justicia al temperamento de Keith hacerle decir de un autor que “no entiende nada” (p. 142, nota 39). La expresión inglesa *misses this point* es más matizada.

En cualquier caso, el trabajo constituye una importante contribución a la investigación sobre la primera transmisión de la tradición de Jesús, ya que ayuda a comprender que la identidad de los primeros cristianos fue moldeada no solo por la tradición oral, sino, inseparablemente unida a ella, por el texto contenido en manuscritos concretos.